





BAJO EL CIELO,
FRENTE AL MAR



Ainhoa Corts

BAJO EL CIELO,
FRENTE AL MAR



Primera edición: febrero de 2023
© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Ainhoa Corts

ISBN: 978-84-19595-94-2
ISBN digital: 978-84-19595-95-9
Depósito legal: M-3528-2023

Editorial Adarve
C/ Ros de Olano, 5
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Por los que sobrevivieron y por los que se quedaron atrás.
La historia nunca debe olvidarse.*



Tú eres mi casa en cualquier calle del mundo, en cualquier
hondonada, en cualquier colina.
Tú, mi techo, languidecerás conmigo extenuado
bajo el mediodía abrasador, te estremecerás conmigo
cuando azote una tormenta de nieve.
Pasaremos hambre y sed, juntos resistiremos,
juntos un día caeremos al borde del camino, cubierto de polvo,
y lloraremos...

El ángel en el bosque,

GERTRUD KOLMAR

Víctima de la barbarie nazi en Auschwitz-Birkenau en 1943



PRIMERA PARTE:
BAJO EL SOL DE LA MAÑANA
(1929-1931)



1

16 de mayo de 1929

No había árbol que el viento no hubiera sacudido aquella tarde. Un cúmulo de nubes oscuras acechaba el cielo sobre el distrito de Lorient y se avecinaba una fuerte tormenta, pero Martin había echado tanto de menos correr detrás de su cometa que pasaba por alto el peligro de mantenerse cerca del mar con aquel temporal; aunque fueran las siete de la tarde. En aquella época del año Larmor-plage todavía no acogía ningún turista, y Martin y Adrien corrían de un extremo a otro de la orilla tras las coloridas cometas sin que nadie les reprendiera por levantar arena. Sus carcajadas infantiles resonaban por toda la playa y despertaban el pueblo de una quietud que casi siempre lo regía disciplinadamente. Seguían a grandes zancadas aquellos juguetes, compitiendo, queriendo saber cuál volaba más alto y cuál de ellos era más rápido, hasta que poco a poco, sin percatarse, se fueron alejando de la zona por la que el abuelo de Martin les había permitido jugar mientras estaba trabajando. Les había parecido más divertido cala adentro, pues el viento soplaba más fuerte y las cometas bailaban en el cielo haciendo círculos perfectos sobre ellos.

—Voy a ganarte otra vez —presumió Adrien—. Vas a tener que hacer mis deberes toda la semana.

—¡No! —respondió Martin mientras sacaba la puntita de la lengua y se la mordía a modo de concentración mientras seguía la cometa con los ojos.

Adrien se echó a reír cuando miró a su amigo y lo vio enfurecido, dando pequeños saltos para que la cometa volara más arriba. Por mucho que lo intentara, Adrien era dos palmos más alto que él y nunca conseguiría elevarla de la misma forma. Las olas les lamieron la arena bajo los pies, adentrándose en la tierra un poco más de lo que había hecho hasta esa hora del día, y los niños notaron el frío del agua de la mar Céltica quemándoles las puntas de los dedos. Luego, un trueno retumbó a lo lejos, débilmente, pero lo ignoraron. Estaban concentrados en decidir quién acabaría haciendo los deberes del otro al inicio de las clases a la semana siguiente.

De repente, una ráfaga de viento se llevó la cometa de Martin hacia el agua, tirándole al suelo y arrastrándole unos metros. En unos segundos, había quedado rebozado e incluso mascó granitos salados de arena con los dientes, hasta que notó que el mar quería tragárselo. En ese instante Adrien soltó la cuerda trenzada de la cometa y corrió para ayudarlo a recuperar aquel torbellino que se sacudía entre el agua y el aire, intentando atraerlo hacia él y agarrándose a la borla. La mano de Martin se había quedado enrollada a la sirga y el viento pareció soplar más intensamente, como si Eolo les espirara de frente. Entraron en pánico. Adrien se abrazó al cuerpo de su amigo, dispuesto a salir volando con él, pero momentáneamente el viento cesó y sin dudarlo, el chico mordió la cuerda con tanta fuerza que consiguió cortarla, aunque se resquebrajó el labio y comenzó a sangrar. La cometa salió despedida hacia el horizonte, pero había conseguido que Martin estuviera a salvo. Cuando todo pasó, los dos niños se miraron tendidos en el suelo, embadurnados de arenilla, respirando tensos y todavía nerviosos. Adrien volvió la mirada al mar. La cometa había desaparecido.

—Tu abuelo te va a matar —Adrien se limpió la sangre del labio con la manga de la camiseta blanca y luego se relamió.

—Y a ti tu padre —vaciló Martin, cruzando la mirada con él.

Tras unos segundos de silencio en los que solo se oía el silbido del viento, ambos se echaron a reír a carcajadas, inconscientes de lo que podría haber ocurrido aquella tarde y que habían evitado

de milagro. Martin y Adrien comenzaron a caminar por la playa en dirección al muelle del embarcadero, discutiendo entre sí cuál era la mejor excusa para justificar la pérdida de sus cometas. No imaginaban que el abuelo creería cualquier cuento que explicaran, pues, al otro lado de Larmor-plage, el hombre se debatía entre la ética, la muerte y la ciencia.

Étienne Leblanc había ido aquel día a Larmor-plage para cerrar un fructífero negocio con el practicante médico del pueblo. Desde hacía varias semanas los marineros que habían pasado largas temporadas lejos de casa regresaban presentando manchas de color púrpura en la piel y sufriendo fuertes hemorragias por culpa de heridas causadas durante la travesía y que no cicatrizaban debidamente. Corría el rumor que el escorbuto volvía a acechar a los pescadores de todo el distrito de Lorient y, en aquella zona, prescindir de ellos era un claro suicidio económico para la población. Necesitaban la pesca para sobrevivir; al fin y al cabo era la principal fuente de alimento de toda la región.

El señor Leblanc llevaba días intentando negociar con el médico de Larmor-plage, que al parecer había inventado un mejunje que evitaba que los hombres de alta mar enfermaran durante sus largas ausencias. Estaba por ver si en realidad aquello funcionaba en la práctica, pero un reconocido doctor especialista como Étienne Leblanc no podía pasar por alto tal descubrimiento. Aunque se tratara de un simple rumor, su deber era verificar cualquier nueva investigación que saliera a la luz, dado que su reputación se veía presionada por su conocimiento.

Caminó frustrado por la calle del puerto mientras intentaba encender su pipa, pero fracasó, igual que había fracasado con aquel herbolario que había calificado «de poca monda». El viento era demasiado fuerte aquella tarde. Levantó la mirada al cielo, notó una gota fría sobre la frente y se preguntó dónde estarían los mu-

chachos. Se apresuró unos pasos más y, de pronto, vislumbró dos siluetas al final de la calle, justo al lado del muelle. Los vio aparecer discutiendo aficionados y sin percatarse de que estaba comenzando a llover. Tenían que volver a casa antes de la tormenta; al señor Leblanc no le gustaba conducir y menos bajo la lluvia. De hecho, odiaba los coches. Se esforzaba por evolucionar con el mundo, pero aquel invento del demonio, como él lo llamaba, nunca le había parecido seguro. Los carruajes tirados por caballos siempre se le habían antojado más fuertes y cómodos, pero por lo visto ahora ya nadie quería montarse en algo que no tuviera motor. Detestaba que los franceses quisieran ser siempre la vanguardia del mundo en las modas. No entendía la necesidad de la parafernalia que se articulaba siempre entorno a las novedades, y más en una región tan pequeña como Lorient. El coche se había convertido en un imperativo para alguien de su posición, pero él opinaba que no era más que un parche bonito sobre lo que importaba de verdad: el investigador de referencia que era. Y sin embargo parecía que lo que en realidad valía en él era un circo de comodidades gravitando a su alrededor. Las personas, en su inmensa ingenuidad, creen a menudo que pueden alimentarse de la cáscara de la fruta. Y Étienne siempre se preguntaba cuándo el mundo iba a entender que la verdadera razón del ser humano era la investigación médica, el descubrimiento y, en definitiva, la ciencia.

—Vamos, muchachos, no queremos quedarnos en este pueblo a dormir, ¿verdad? —sonrió el señor Leblanc frotando la cabeza de su querido nieto e intentando disimular el fracaso en las negociaciones de aquella mañana.

Martin y Adrien subieron disimulando al nuevo Cadillac Opera que Étienne Leblanc había comprado hacía poco más de dos meses. La tensión se respiraba en el ambiente, porque pese a la sonrisa que les había dedicado, Martin podía oír cómo el abuelo chirriaba los dientes, una manía que tenía desde que él podía recordar y que llevaba al extremo cuando se sentía nervioso. No imaginaba qué habría podido pasar en una negociación tan simple como la que

había ido a tratar aquella tarde, puesto que el señor Leblanc estaba acostumbrado a largas noches de discusión con otros científicos en sus viajes a París. Lo de aquel día era —o parecía— solo el ofrecimiento de dinero e incluso trabajo a un médico de pueblo costero. Martin pensó que no podía haberle ido tan mal. Pero fuese lo que fuera lo ocurrido, el chico agradecía el silencio y la ausencia, porque el abuelo ni siquiera se había dado cuenta de que habían vuelto sin las cometas.

Los chiquillos se miraron otra vez, conteniendo la risa, apretando los labios e intentando que Étienne no se despistara de la carretera y les prestara ni siquiera un poquito de atención. Preferían que no echara en falta las cometas que les había hecho traer hacía menos de una semana de París porque, de ser así, se habría terminado el jugar en la playa durante la última semana de las vacaciones de primavera. Martin ya vería el modo de sacar el tema para explicar el pequeño accidente de aquella tarde, pero desde luego aquel no era el momento, pues la frustración de su abuelo podía palpase en el ambiente. Y por si fuera poco, unas gotas gordas como el pulgar de la mano comenzaron a chocar contra el cristal del vehículo, dando paso a la tormenta que aguantaba en el ambiente hacía demasiado rato. «Maldita sea», le pareció oír que murmuraba el abuelo mientras miraba hacia el cielo a través del cristal y seguía rechinando la dentadura.

El viaje de vuelta se hizo más largo que el de ida a Larmor-plage, especialmente por la furia que se estaba despertando en el señor Leblanc y la quemazón que Martin comenzó a sentir en el estómago mientras pensaba en las excusas que iba a dar. Adrien se había quedado dormido con la boca abierta y salivaba sobre el hombro de Martin, donde se apoyaba moleestamente. Martin no comprendía cómo podía estar tan relajado; por mucho que él también lo intentaba, no había forma de imitar la tranquilidad que observaba en Adrien. Aun así, cerró los ojos, limitándose a escuchar la música de la lluvia cayendo sobre la chapa de metal del coche, respirando tácitamente. Si había algo que a él le relajaban eran las tormentas

y los días lluviosos, porque le permitían sentarse junto al fuego de la chimenea para calentarse. Y solo con pensarlo le entraron unas ganas inmensas de llegar por fin a casa.

Ya había oscurecido cuando cruzaron la puerta de la residencia Leblanc mojados como si acabaran de salir del mar, derrotados por el cansancio. El agua que los había empapado esa tarde y las enormes gotas de lluvia que seguían cayendo se habían mimetizado e incluso se habían llevado los restos de arena que habían cubierto sus pantalones y camisa. Martin se metió las manos en los bolsillos y le pareció notar un charco espumoso en el interior. Dentro de él tocó una de las anillas de la cometa perdida y volvió el sentimiento de culpabilidad. Por el contrario, Adrien estaba tan dormido del viaje que se limitó a un cambio de ropa instantáneo para poder irse a la cama. Esa noche se quedaba a dormir en casa de Martin, y pese a los planes de juego y los juguetes disponibles, fue incapaz de abrir los ojos más que para llegar al dormitorio. Luego, Martin lo había comenzado a seguir sin decir palabra, pero el abuelo lo interrumpió.

—Martin —lo reclamó al tiempo que el niño se paralizaba en seco mientras subía el primer escalón—, que duermas bien, hijo —añadió en tono compasivo y paternal.

—Gr-gracias, abue-bue-lo —tartamudeó de miedo fingiendo que era de frío.

Subió las escaleras, cruzó el pasillo repleto de cuadros pintados por una abuela que nunca había conocido y entró en la habitación. Sintió el terciopelo suave de la moqueta bajo los pies y se quitó la ropa a toda prisa, intentando evitar helarse. Se metió en la cama y cerró los ojos. Pero fue incapaz de dormirse. No podía dejar de dar vueltas al tema de las cometas, así que se incorporó y bajó nervioso una vez más por las escaleras hasta la entrada. Él nunca mentía ni ocultaba nada a su abuelo porque él era su héroe, un modelo a seguir. Desde que tenía conciencia había admirado todas y cada una de las cosas que le observaba hacer cada día, desde la elegancia con la que tomaba el café a primera hora de la mañana hasta el

trato meticuloso con aquellos pacientes que le visitaban, a menudo buscando en él respuestas a los miedos. Si no fuera por el abuelo, Martin estaría solo. Su madre les había abandonado pronto al dar a luz a un segundo hijo que nunca sobrevivió, le había explicado su padre. Según le había contado, la vida de Camille se consumió tras el parto de una forma rápida, pero tan agonizante a ojos de Ludovic, que Martin pensaba en ello con angustia. Para él era como si en aquella época, cuando no tenía más que un año de vida, se hubiera tragado una piedra de la orilla de Larmor-plage y se le hubiera encasquillado en el estómago para siempre. Era un peso muerto que llevaba dentro desde que tenía uso de razón.

Recordaba haber oído escondido tras la puerta de la cocina a su padre Ludovic desahogando la tristeza con Adélie, la cocinera y ama de llaves de la casa, explicándole que jamás olvidaría los ojos de ella abiertos e inertes, observándolo desde el más allá o dondequiera que estuviera, sin articular palabra, sin exhalar una pequeña brizna de aire de los pulmones. Su vida se había agotado de la misma forma que se consumen las flores a finales de primavera para dar fruto. Martin había imaginado e inmortalizado aquellas ideas creando imágenes en su mente. Camille tendida en la cama y su padre de rodillas en su regazo suplicando que no muriera tan pronto. Con su partida, la mansión Leblanc había quedado vacía, sobre todo de sonrisas. Ludovic Leblanc lo había repudiado en el mismo momento en que se echó la primera palada de tierra sobre el ataúd, de forma que el último consuelo que le quedó cuando ya se convirtió en un niño, fue el abuelo. Aquel hombre le había dado, no solamente las comodidades de una plácida vida que la mayoría de niños no podía tener, sino calor en un hogar helado y lleno de fantasmas del pasado. Étienne había puesto todas sus energías en la educación de Martin, convirtiéndolo en un muchacho que pronto sería el hombre en quien la familia depositaría toda confianza. Y aquel sentimiento de admiración iba acompañado siempre de la necesidad imperativa de Martin de ser aprobado, temiendo ser abandonado una vez más si no se convertía en quien todos esperaban que fuera.

Moviéndose arriba y abajo, caminando por el suelo enmoquetado de la mansión, inhaló el perfume de las rosas que alguien había metido dentro de un jarrón lleno de agua que estaba sobre la cómoda, a su izquierda. Martin las miró atento unos segundos y observó que, pese haber sido cortadas recientemente, comenzaban a llorar pétalos, heridas de muerte. Se miró en el espejo que colgaba de la pared, sobre la cómoda, y admiró el reflejo. Se sintió angustiado, pese a la luz de unas mejillas rosadas y levemente quemadas por el sol de aquella tarde. Las pecas le habían florecido en la nariz como hormigas y sus rizos cobrizos resplandecían más que en invierno. Pero ninguna de aquellas cosas podía disimular el rubor que sentía al recordar que había perdido uno de los objetos más valiosos que tenía en su posesión: la cometa. Detrás de él, también reflejado por el espejo, observó un colgador en el que había un sombrero de tono verdoso con una cinta negra, de su abuelo, y una gabardina marrón que siempre lo acompañaba de viaje, fueran en verano a pleno sol como en invierno bajo la nieve. Entonces un recuerdo más le invadió la mente: el día en que Étienne Leblanc, a su vuelta de París en pleno diciembre, llegó con la gabardina cubierta de nieve y la colgó justo en aquella percha de la entrada, antes de darle aquellas dos preciosidades para que pudieran hacer competiciones en la playa con Adrien. La una, compuesta de velas de tonos azulados, sujetaba una cola verde manzana con una borla de un tono más oscuro; la otra, con los colores invertidos, tenía un *triskel* como señal de identidad. Sí, estaba dispuesto a hablar con el abuelo y pedirle perdón por aquella torpeza y la poca responsabilidad que habían mostrado aquella tarde, cuando, pese a sus consejos de alejarse del mar y bajar las cometas si el viento se enfurecía, estuvieron correteando imprudentes en la arena. Tenía que hacerlo o no podría dormir en toda la noche.

Tras observarse en el espejo durante un buen rato y habiendo dejado durmiendo a Adrien hacía más de media hora, recorrió el pasillo de la planta principal de aquella mansión laberíntica una vez más, decidido a sacarse aquel peso de encima. Pero oyó voces en

la salita de descanso. Étienne parecía aún más irritado que durante el trayecto de vuelta desde Larmor-plage, así que se quedó petrificado detrás de la puerta, a oscuras y dudando de si dar un paso al frente o irse a la cama.

—No puedo presentar ese potingue a ninguna reunión. Me da igual si no lo entiendes —el señor Leblanc, pese a la excitación que expresaba al hablar, se mantenía rígido, conservando un comportamiento digno como el gentilhomme que era.

—Yo no te digo que lo presentes así sin más. Tienes que intentar convencer a aquel estúpido médico para que pruebe su efectividad y luego tendrás algo más substancial. Si él está convencido de que funciona es que tendrá parte de verdad —aquel era su padre, estaba seguro. Por lo visto había vuelto de su último viaje y Martin ni siquiera se había dado cuenta.

—Ya te he dicho que lo he intentado todo, pero ese tipo es muy terco. Además, no vuelvas a decir que es médico. Yo soy médico. Él es un herbolario —levantó la cabeza en señal de orgullo.

—Pues haz las pruebas aquí en tu despacho —el señor Leblanc hizo amago de contestar con el dedo levantado en tono amenazante, pero Ludovic no había terminado—. Los pescadores se mueren y no creo que duden en tomarse algo que les pueda salvar la vida. Y menos si eres tú quien les ofrece una posible cura.

—¿Estás loco? ¿De verdad me estás diciendo en serio que haga esas pruebas en mi propia casa? ¡Tenemos una reputación, Ludovic! Nunca olvides eso... Algún día tú vas a tomar el relevo y si sigues diciendo sandeces... —se volteó y lo miró fijamente— ten por seguro que voy a saltarme una generación.

El silencio se instauró en la sala, y mientras el padre de Martin se mantenía de pie frente al cuadro de las bailarinas de Edgar Degas, el abuelo se sirvió otra copa de whisky. Nunca le había oído enfrentarse de aquel modo a Ludovic, pese a que Martin sabía que era un completo idiota y se lo había merecido muchas más veces de las que en realidad había acabado sufriendo una amenaza. Martin era tan solo un niño, pero sabía bien qué podía y qué no podía de-

cir en voz alta, e insinuar a su abuelo qué debía hacer en cuestiones médicas era precisamente algo que estaba vetado, como una ley no escrita. El aire se había tornado denso y si alguien hubiera dispuesto de una sierra lo habría podido desgarrar de principio a fin. El muchacho volvió a sentir el temor de contar la verdad sobre el accidente de aquella tarde, comprendiendo que no era un tema de vital importancia como para interrumpir una conversación entre adultos, así que caminó hacia a su habitación con la clara intención de volverse a meter en la cama e intentar dormir.

Adrien, gozando de sus pequeñas vacaciones de fin de semana en casa de su amigo del alma, gruñía con la boca abierta, como si estuviera atrapado en un dulce sueño del que no quisiera salir. Oír sus ronquidos impedía aún más a Martín conciliar el sueño. Aun así, al paso de las horas lo consiguió y las cometas se convirtieron en un recuerdo vano durante el resto de la noche.

También lo fueron al día siguiente y al otro. E incluso a la semana siguiente comenzaron a ser una vaga evocación de lo que había ocurrido aquella tarde. Martín jamás vio la ocasión de confesarse al abuelo, nunca era un buen momento, y al final dejó pasar tanto tiempo que todo quedó en su memoria. Con los meses, las preocupaciones se convirtieron en otras y aquella pequeñez quedó como una espinita clavada. No era tan grave como al principio había pensado, pero sí lo había sido tener tanto miedo y esperar, porque una vez más, lo convertía en el cobarde que su padre siempre insistía que era. A menudo le decía que era como un ratón escurridizo cuando se trataba de situaciones que requerían una pizca de valentía, como cuando tuvo que dejar flores sobre la tumba de su madre en el quinto aniversario de su muerte y nunca se atrevió a hacerlo. Ludovic se lo había echado en cara por aquel entonces y lo seguía haciendo ahora, iracundo en realidad por la frustración de haber perdido al amor de su vida sin poder despedirse con un triste adiós. Ludovic recordaba cómo los gritos de dolor de su esposa durante su segundo parto habían asustado tanto a Martín que lo mantuvieron en un estado de llanto y nerviosismo durante horas

frente al sufrimiento de su madre. Al final, después de un ataque de nervios, se había visto con la necesidad de sacarlo de casa y llevarlo a pasear por los jardines para jugar con él y tranquilizarle; algo que su esposa le había suplicado en sus pocos segundos de tregua. Cuando volvieron a la mansión Leblanc, ella ya yacía tendida en la cama, aún caliente y cubierta de sangre. Ludovic siempre se culpaba por no haber estado con su esposa en los últimos instantes de su vida, sintiendo que, si él le hubiera podido tender la mano y estar a su lado, quizá ella hubiera tenido más fuerzas para luchar. Desde aquel día, él vivía aferrado a aquella idea. Sin embargo, el resentimiento es como agarrar un cuchillo de doble filo por la hoja en vez de por la empuñadura. Aunque quieras arrojárselo a alguien, al final eres tú quien se está cortando. Rencores como aquellos eran vanos y Martin, a su edad, ya lo sabía.



2

Durante aquellas vacaciones de mayo, que habían llegado como una tregua para Martin y Adrien después de duros meses de invierno en una escuela de piedra que se mantenía bajo cero, ya no visitaron mucho más la playa. El señor Leblanc se había encerrado en su despacho y apenas salía, de forma que nadie les había llevado de paseo, ni a él ni a su amigo, que lo visitaba a menudo. Con aquel giro del destino que había cubierto a Étienne de trabajo, el paradero de las cometas se había ido desvaneciendo, por lo menos de una forma constante en el pensamiento de Martin, puesto que no visitar Larmor-plage significaba no jugar con nada que flotara en el aire y se moviera con el viento que siempre soplabla fuerte en la costa. Eso significaba: cero recuerdos.

Ludovic no interactuó con Martin en ningún momento porque se había entregado en cuerpo y alma a las últimas recolectas del verano, esperando que ese año fuera tan fructífero como el anterior. Al menos así lo había predicho el tiempo. La casa estaba prácticamente vacía, todos de puerta cerrada en sus despachos, trabajando en sus cosas y dando paso a la presencia de los fantasmas del pasado, que merodeaban la mansión y le daban más calor que los propios vivos.

La última semana de agosto, Martin, en soledad la mayor parte del tiempo, decidió subir al desván y sacarle el polvo al antiguo piano destartado que su abuelo había tocado en su juventud. Apenas había estudiado música y las pocas notas que conocía escritas en el papel, no sabía reflejarlas sobre las teclas, así que se dispuso

a crear melodías inventadas y sencillas que le ayudaran a pasar el tiempo distraído. Él, en su floreciente infancia, todavía no sabía que aquel mismo año ocurriría uno de los acontecimientos que cambiarían el curso de la humanidad.

—¡Qué susto me has dado, Martín! ¡Llevaba una hora buscándote! —el pequeño se sobresaltó y los dedos se le resbalaron en un acorde desafinado.

—¿Adélie? ¿Eres tú? —preguntó temeroso.

—Claro que soy yo, cielo. ¿Quién iba a ser sino? —la mujer se acercó a él—. Deja ya de manosear el piano que lo estás desafinando más aún y haz el favor de bajar a la cocina. Te he preparado un *pain au chocolat aux amandes* para chuparte los dedos.

A Martín se le iluminó el rostro. Hacía semanas que no comía aquella delicia y lo echaba de menos. Se levantó del taburete atrofiado y bajó con Adélie dando saltitos por las escaleras hasta llegar a la cocina, en la planta más baja de la mansión Leblanc. El ambiente desprendía olor a canela y azúcar glaseado desde el pasillo, que se mezclaba al tiempo con un cocido que parecía llevar un par de horas en el fuego. Aquella era la parte más caldeada de toda la casa y Martín se sentía agradecido de poder pasar a menudo horas en ella, haciendo compañía de Adélie, la cocinera. De inmediato, se sentó en una de las sillas de madera que rodeaba la mesa, donde Adélie tenía un despliegue de verduras a medio cortar y un cuchillo afilado en el centro.

—Deja que aparte todo esto de aquí antes de que te cortes... —dijo casi para sí misma.

Con una habilidad que para Martín era casi sobrehumana, Adélie peló y cortó un apio y tres patatas que aún estaban sobre la mesa y acto seguido las tiró en la olla que hervía a presión. Añadió un puñado de sal y una pizca de pimienta, y luego la tapó ágilmente.

—Bueno... —volvió a decirse para sí—, una cosa menos en la que pensar —pasó un trapo húmedo por la mesa y la limpió superficialmente para quitar las migajas que aún había sobre ella. Luego se giró y cogió un plato grande que había a un lado del pollo

de la cocina—. ¿Te apetece? —sonrió mientras Martin se relamía los labios, ansioso.

—Sí..., sí. Me encanta —alargó la mano para coger un pastelito.

—¡Sht! —Adélie le golpeó la mano y apartó a un lado el plato que sujetaba—. Ni se te ocurra tocar nada sin haberte lavado las manos, jovencito —añadió.

—Perdón, perdón —Martin se levantó de un brinco y saltó para meter sus manos bajo el grifo.

—Lávatelas bien, no quiero ver ni una sola mancha —indicó Adélie con una sonrisa afable.

Martin volvió en unos segundos, impaciente por llevarse un bocado de aquel dulce que tanto deseaba, pero antes de acercarse al plato de nuevo, enseñó sus manos a Adélie. Esta las analizó atentamente, por arriba y por abajo. Miró bien si las uñas estaban limpias y lo miró con cara de sospecha antes de preguntarle «¿has frotado bien?» y recibir un asentimiento de Martin lo más asiduo posible como para dejarlo comer tranquilo. El muchacho se sentó en la silla que ya había dejado un poco caliente unos instantes antes y cogió un trozo del *pain au chocolat aux amandes* para engullirlo. Adélie lo miraba sonriente y satisfecha de que apreciara su talento para cocinar repostería. El señor Étienne Leblanc no le dejaba elaborar dulces a menudo, pues era muy insistente con la salud bucal, y justo por ese motivo no le daba dinero para ir a comprar ese tipo de ingredientes. No obstante, ella se las había ingeniado para guardar siempre unas monedas de cada compra. De esa manera, al final conseguía las suficientes para poder comprar un poco de chocolate, harina y azúcar, que administraba meticulosamente para, de vez en cuando, dar una alegría al niño de la casa.

—Come más lento —le ordenó—, vas a atragantarte.

—Disculpa... A... Adélie —fue capaz de pronunciar Martin con la boca llena.

—¿Y bien? ¿Dónde está Adrien esta tarde? Pensaba que podría probar el *pain au chocolat* también.

—Sus padres volvieron la semana pasada del viaje y estos días no va a venir —suspiró—.

—Vaya...

La voz de Adélie sonaba a lamento. Martin pensó que ella se hubiera sentido orgullosa de tener un paladar más para endulzar, pero lo cierto era que sentía pena por Martin. Había pasado gran parte del verano solo. El señor Étienne y el señor Ludovic habían estado muy ocupados durante aquellos meses de calor y su amigo había sido el único entretenimiento que había tenido en aquella casa aislada de la civilización.

—Estará contento —añadió Adélie, refiriéndose a Adrien.

—Oh, sí. La señora Lefevre ha traído un montón de regalos, incluso me dio un ajedrez a mí —sonrió—. Pero aún no he podido usarlo... —hizo una pausa—. Cuando el abuelo tenga un poco de tiempo le pediré que me enseñe a jugar. Será divertido... Aunque... ¿tú no sabrás jugar, Adélie?

—Para nada —se sonrojó la cocinera, recordando que ella apenas era capaz de leer o escribir, solo aquellas palabras que repetía una vez y otra en la lista de la compra—. Tendrá que ser tu abuelo quien te enseñe, Martin. Además, ¡seguro que puede ayudarte a ser el mejor! Recuerdo que cuando era más joven jugaba con sus compañeros en el porche y tenía mucha práctica—. Martin la miró con recelo.

—No sabía que eras tan... —Adélie lo miró con curiosidad.

—¿Tan...?

—De la edad del abuelo...

—O sea, tan vieja, has pensado, ¿verdad? —Martin quedó paralizado.

—No quería ser maleducado —añadió ruborizado.

—Cariño... —se le acercó y le tocó el cabello revuelto—, no te preocupes. Me alegra que hasta ahora no te hayas dado cuenta. Eso es bueno para mí, ¿no crees? —Martin la miró y sonrió levemente al verla sonreír a ella también—. Cuando tus abuelos acababan de casarse... ¡Imagínate cuántos años hace! No sé..., deberían tener

25 o 26 años, quizá..., yo entré a trabajar como ayudante de cocinera. Tendría yo por aquel entonces unos 13...

—¿Ayudante? ¿Trabajaba más gente aquí? —se extrañó y la cortó Martin al no recordar nunca nadie más en la cocina que Adélie.

—Pues sí. Había una cocinera antes que yo. Se llamaba Geraldine —hizo ademán de recordar—. Era una señorona. Muy elegante y responsable. El padre de tu abuelo, que en paz descanse, la tenía en muy alta estima y confiaba en ella más que en nadie en el mundo.

—¿Y qué le ocurrió?

—Mi cielo... —volvió a acariciarle el pelo—, nada en concreto. Se hizo mayor —miró a un lado, pensativa—. Sus manos ya no eran tan rápidas y la espalda no aguantaba el peso de muchas de las compras que tenía que hacer. Tu abuelo, que en esa época ya había heredado todos los bienes Leblanc y cuidaba de su padre, supo que era momento de pedir refuerzo. Como confiaba en Geraldine, le pidió a ella que se hiciera cargo de encontrar a alguien para ayudarla en los quehaceres... y aquí me tienes.

—¿La conocías de antes?

—¿Qué quieres decir? —Martin ladeó la boca y pensó en formular mejor la pregunta.

—Que si era de tu familia —se explicó abriendo las manos al hacerlo—. ¿O cómo te conoció?

—En Larmor-plage todo el mundo se conoce, Martin —añadió satisfecha—. Mi familia era grande, vivíamos en el norte y nos conocían como «los normandos». Yo era la pequeña de ocho hermanos, daba más trabajo que glorias. Y mis padres no podían pagar una dote más para que pudiera casarme. Geraldine eso lo sabía, de ir al pueblo a comprar, ya sabes. Mi madre y ella me parece que hacían buenas migas —Martin asintió satisfecho por la explicación—. Lo más fácil fue mandarme a la mansión Leblanc a aprender un oficio. Además cobraba una paga que venía muy bien a mi familia y así tampoco tenían que mantenerme. Era perfecto.

—¡Pero es injusto! —soltó Martin indignado.

—¿Cómo dices? ¿Por qué? Fue una gran suerte poder venir aquí.

—Pero tenías que mandar el dinero que ganabas a tus padres...

—Pues... sí. Pero era una honra para mí. Podía ayudarlos, podía ayudar a mis hermanos y hermanas. Estaba aprendiendo. Vivía en un lugar hermoso, rodeada de jardines y clase. Tu abuelo es un buen hombre Martin, y en eso fui la más afortunada del mundo. No todos los días se encuentra un señor como él, que cuida del servicio así —el muchacho hinchó los pulmones, pletórico de orgullo—. Cuando Gerladine falleció fue muy triste para todos, pero Étienne me ofreció su puesto y desde entonces me he sentido muy feliz de poder pertenecer a esta familia.

—¿Y por qué os llamaban los nor... no sé qué?

—¡Los normandos! —se rio de una carcajada—. Porque mi familia venía de allí. Al casarse, mi madre abandonó Avranches —marcó una pausa y levantó la mano antes de que Martin preguntara de nuevo—, que es un pueblo costero de la Baja Normandía, una región al norte, y vino a vivir a Larmor-plage con mi padre, donde formaron una familia.

—Me lo sé, me lo sé. He estudiado las regiones y Normandía es la que está al lado de la nuestra, Bretaña, ¿verdad?

—Así es. Étienne te enseña bien —sonrió.

Martin se dio cuenta de que Adélie a veces llamaba a su abuelo por el nombre de pila. Tantos años, ahora lo entendía, habían engrandecido una confianza entre ellos que, fuera del hogar, podía incluso ser difícil de comprender. Cogió otro trozo de *pain au chocolat aux amandes* y Adélie lo miró fulminante, indicando que esa debía ser la última porción del día, que había que comer después. Se hizo una pausa y la cocinera aprovechó para empezar a recoger y a desabrocharse el delantal.

—Tengo que salir a comprar, cariño.

—¿Puedo acompañarte?

—No, tienes que quedarte aquí. Tengo prisa y no puedo entretenerme.

—Va..., porfi... —suplicó—. Estoy muy aburrido, no tengo nada más que hacer en todo el día y me duele el culo de estar sentado frente al piano —se rascó la nalga, provocando una carcajada en Adélie—. Prometo ayudar.

—Está bien. Solo por esta vez, no te acostumbres —suspiró mientras apagaba el fuego bajo la olla a presión—. Ve a buscar tu chaqueta que con la lluvia de estos días ha refrescado un poquito y el viento es fuerte en la playa.

Martin salió escopeteado escaleras arriba, emocionado con la idea de ir a Ploemeur y mezclarse por las calles. Cuando iba, solo pisaba la playa, y pese a vivir al lado, apenas conocía el pueblo. Si era cierto lo que Adélie le explicaba y todo el mundo se conocía, debía verlo con sus propios ojos. Sería médico como su abuelo y también como su padre. Y un médico debía conocer bien a la gente que iba a curar algún día.

Iban a estar caminando un buen rato. Martin solo recordaba haber salido a visitar Larmor-plage en coche. Al salir de la mansión tomaron lo que Adélie le había dicho que era un atajo. Un camino de árboles pequeños, arenoso y poco aireado de matorrales innecesarios. Pero, aun así, se sentía feliz de poder despejar la cabeza después de tantos días encerrado en casa. El aburrimiento lo estaba consumiendo y ya no sabía con qué quemar las horas. La oportunidad de hacer algo diferente, fuera lo que fuese, le parecía estupendo.

—¿Qué vamos a comprar? —preguntó Martin interesado.

—Vamos a acercarnos al puerto para comprar pescado —lo miró amable—. Me viene tan bien que me acompañes que aprovecharemos para cargar un poco.

—¿Iremos hasta el puerto de Larmor-plage?

—No vamos a Larmor-plage chiquito, ¡está demasiado lejos! Vamos a Ploemeur.

—¿Dónde? ¿Cómo? —esperó un segundo—. ¿Por qué?

—Pues porque allí han llegado los pescadores con lo que han conseguido pescar esta temporada. Y necesitamos llegar pronto antes de que todo el mundo acabe con las existencias. Ha sido un mal año.

—¿Por qué?

—No lo sé. Eso dicen por ahí.

Martin la miró perplejo. No entendía muy bien a qué se refería con aquello de «por ahí», pero esperaba averiguarlo en cuanto llegaran al puerto.

El camino les llevó casi una hora de recorrido. A Martin le pareció una eternidad y solo pensaba en lo que iban a tardar en volver a casa otra vez y en las nubes que les acechaban desde arriba. Aun así se sentía emocionado de poder conocer un lugar nuevo; para él era muy importante. El abuelo siempre viajaba: París, Londres, Berlín... Pero Martin no entendía cómo podía ser tan importante visitar esos lugares si no se conocía primero su propio hogar. Entendía que en esas ciudades Étienne se encontraba con grandes científicos y médicos de gran prestigio e importancia para el mundo, pero seguía pensando que los pacientes estaban en las costas y en los pequeños pueblos que les rodeaban, y que eran ellos los primeros se deberían atender. En el fondo eran los que cultivaban, pescaban y ponían los cimientos para la vida en toda la región de Lorient.

El olor a sal del mar le penetró por las fosas nasales y el graznido de las gaviotas revoloteando a su alrededor se le coló en los tímpanos, haciéndolos resonar con fuerza. En el puerto había cuatro grandes barcos pesqueros amarrados y de ellos entraban y salían pescadores con cajas de pescado llenas hasta la mitad.

—Aunque te parezca mucho, este año han pescado poco —aclaró Adélie.

—¿Por qué?

—Tendrás que preguntárselo a ellos —hizo una pausa y analizó su alrededor. Luego añadió—: No te alejes mucho de esta zona ni

te acerques demasiado al agua. Hay mucho viento. Voy a comprar, espérame aquí —ordenó finalmente.

Sin rechistar, Martin obedeció con la cabeza y se esperó mientras observaba a Adélie acercarse a los pescadores y preguntarles algo, quizás el precio. La mayoría de ellos llevaban pantalones cortos, como el propio Martin aunque deshilachados, e iban descalzos. Algunos vestían además boinas en la cabeza y mostraban bajo ella una piel arrugada y malmetida por las quemaduras del sol y el viento de alta mar. Martin se acercó, sin perder en ningún momento de vista a Adélie, a uno de los barcos, y en la cubierta observó cómo un hombre de mediana edad, vestido con un impermeable gris azulado y fumando una pipa, amarraba una cuerda a la vela. Lo miró detenidamente y se dio cuenta de que llevaba un arañazo profundo en la cara y pronto se asustó al pensar que podía haber sido un terrible animal marino. Un pulpo o quizá un calamar gigante contra el que habría combatido ferozmente. El hombre se dio cuenta de que el muchacho lo miraba atento desde tierra y le devolvió la mirada desafiante. Martin dio un paso atrás y tragó saliva, pero no quiso salir corriendo porque tenía que obedecer lo que le había mandado Adélie; si no nunca más lo llevaría a ninguna parte. Y las instrucciones eran claras: «Espérame aquí».

—¡Niño! —el pescador apareció de repente a su lado. «¿Cómo había sido tan rápido?», pensó Martin—. ¿Qué haces aquí? Pareces un niño rico... —comenzó a rodearlo a paso lento y le sopló el humo de la pipa en la cara—. ¿Es que te has escapado de casa y buscas trabajo, a lo mejor? —Martin negó con la cabeza—. ¿No...? ¿Y entonces qué hace alguien como tú en un sitio como este?

—He..., he..., he acompañado a mi... —«¿Cómo debería referirse a ella?», se preguntó— mi amiga a comprar pescado —se reafirmó señalando a Adélie.

—¿Cómo dices? ¿Tu amiga? —el pescador miró con el ojo bueno a la rechoncha cocinera y se puso a reír a carcajadas—. ¡Querrás decir que has acompañado a tu criada!

—¡No es mi criada! —se encaró Martin. Adélie era como su madre, como su abuela..., era de su familia. No era su criada.

—Bueno, bueno —alzó las manos en señal de paz—. Discúlpeme, su majestad —hizo una reverencia—. ¿Y a qué se debe el honor de tenerlo a usted hoy aquí? ¿Por qué ha decidido hoy acompañar a su... —se rio— amiga?

—Necesitaba a alguien que la ayudara a cargar con el pescado. Va a comprar muchas cosas, ¿sabe?

—No me digas... —añadió irónico.

—Sí.

El pescador sorbió el humo de la pipa una vez más y se enfadó cuando se dio cuenta de que necesitaba más fuego para volver a encenderla. A Martin le pareció escucharle gruñir un «maldita sea», pero el hombre hablaba de una forma extraña y no era fácil comprenderlo. Marcaba la *r* de una manera curiosa, no parecía francés. Y por su aspecto habría jurado que era un vikingo del norte, como los que describían los libros de historia que le hacían leer en clase.

—Oiga, señor... —el pescador lo miró de reojo, aún concentrado en golpear su pipa—. Mi amiga me ha dicho que este año ha sido malo para la pesca.

—Así es —por primera vez Martin vio que la cara de aquel fantasmagórico pescador era de lamento.

—¿Y por qué? ¿Es que este año no han nacido suficientes peces?

—No digas tonterías, niño —Martin lo miró curioso—. Vamos a ver... ¿Has oído a hablar del escorbuto? —hizo un pausa a la que Martin seguía expectante—. Me lo imaginaba. Pues verás, esta temporada el escorbuto se ha llevado la vida de muchos marineros y de muchos pescadores y de compañeros...

—Dios mío... —Martin imaginó el escorbuto con unos tentáculos enormes y un diente puntiagudo con el que inmovilizaba a sus víctimas hasta morir. Se aterró.

—Y han faltado muchas manos para pescar. Hemos sido pocos los supervivientes y hemos podido traer el pescado justo para sobrevivir hasta la próxima temporada. Y este año el pueblo tendrá

que pasar con menos comida... Y ya lo ves —señaló las cajas que los marineros estaban sacando del barco—. Así que espero que *tu amiga* no compre demasiado. Vive mucha gente aquí.

—Oiga, señor... ¿El escorbuto le hizo eso en la cara? —el pescador asintió tristemente—. Tiene que curarse esa herida, pues. Está llena de pus..., parece infectada —añadió.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Voy a ser médico —sentenció convencido.

—Entiendo —y el pescador intuyó de forma inmediata quién era ese muchacho—. ¿Y no sabrías decirme tú cómo debo curar una herida así, verdad?

—Pues... primero tiene que lavarla con agua y jabón. Y secarla muy bien con un trapo limpio. No puede dejar que se le haga una costra y debajo siga habiendo pus. Podría perder un ojo.

El pescador sonrió. Después de todo no parecía un mal muchacho. Asintió y le dijo que eso mismo haría en cuanto llegara a su casa. Luego hizo ademán de irse otra vez hacia el barco.

—Oiga, señor...

—Vamos a ver, niño, deja de llamarme señor, ¿quieres?

—¿Y cómo le llamo? —el pescador suspiró y se colocó las manos en la cintura.

—Soy Kiril Vólkov. Puedes llamarme Kiril.

—¿Kiril? Tiene usted un nombre muy raro...

—Es un nombre ruso. Soy de Rusia —Martín abrió la boca, sorprendido.

—¿Y qué hace tan lejos de su casa?

—No estoy lejos de casa, niño —rió el hombre—. Yo vivo aquí, en Ploemeur. Y me casé aquí y tengo dos hijas.

—¡No me diga! —Martín se sentía fascinado—. ¿Y por qué no está con sus hijas y su esposa ahora? Seguro que lo echan de menos tanto tiempo fuera... —reflexionó Martín pensando en su abuelo y su padre en ese preciso instante.

—El trabajo es el trabajo, chavalín. Primero hay que trabajar. Si no, no se puede comer. Y si no se puede comer..., bueno, a ti esto

ni te va a sonar, pero..., en fin, ¡que dejes de hacer tantas preguntas! —sacudió una última vez la pipa—. ¡Maldita sea! —y la lanzó al agua con tanta fuerza que llegó más allá de los barcos.

—Oiga, señor..., quiero decir..., Kiril.

—¿Qué demonios quieres? Tengo que irme ya. Es divertido hablar contigo, pero ahora mismo se me está acumulando mucho por hacer.

—Si vuelven a salir al mar, ¿no les da miedo encontrarse al escorbuto de nuevo?

—¿Cómo dices...? —entonces Kiril se echó a reír a carcajadas como hacía tiempo no le pasaba—. Por todos los mares, chavalín, el escorbuto ¿qué crees que es? —Martin abrió la boca para empezar a hablar, pero el ruso lo cortó en seco—. El escorbuto es una enfermedad, no un monstruo. Y un futuro médico como tú debería saberlo, ¿no crees?

Luego se alejó. Y Martin se quedó relajado por una parte —pues no había ningún pulpo o calamar gigantesco rodeando la mar Céltica—, pero, por otro lado, la angustia lo detuvo. Una enfermedad acechaba los pescadores y marineros y se los había llevado. ¿Sabría el abuelo que existía algo así? Miró a su alrededor porque de repente comenzó a entrarle la prisa; necesitaba hablar en casa de aquello. Buscó a Adélie por el puerto, pero la había perdido de vista. De repente, un trueno resonó sobre su cabeza con tanta fuerza y repiqueteo que se agachó y cerró los ojos fuertemente. Respiró hondo y contó hasta tres y en ese momento oyó la voz de Adélie llamándole desde el otro lado del puerto. Martin abrió los ojos y se echó a correr hacia ella hasta abrazarla. Por un instante había pensado que la había perdido.

—Vámonos rápido antes de que nos alcance la tormenta. Aún queda un rato para que empiece a llover. Coge este saquito, yo llevo lo demás. Vamos, cielo.

La vuelta le había parecido más corta que la ida a Ploemeur. Se dieron tanta prisa que corrieron casi todo el camino, huyendo de la tormenta que, al final, no esquivaron. Justo medio kilómetro antes



de llegar a la mansión Leblanc, el agua helada había comenzado a caer del cielo, insinuando la llegada de un otoño que iba a ser de los más fríos que recordarían. Martin llegó a casa empapado y tiritando. Adélie le obligó a quitarse la ropa muy rápido y a tomar un baño ardiente. Esa noche, Martin recordó haber comido un delicioso caldero bretón, con carabineros, mejillones y lubina. Este le calentó el cuerpo hasta que comenzó a arder. Luego, ya no recordó nada más. Ni la llegada del abuelo, ni la de su padre, ni de qué les explicó Adélie —porque, eso sí, estuvo intuyendo una larga conversación entre ellos—. Se desplomó en el suelo inconsciente y nunca supo cuánto tiempo estuvo postrado en cama desde entonces.

